

LAS RETAMAS DESTRUIDAS

Por Francisco Valdés Nicolau

*Vuelvo hoy a verte en este suelo,
amante de desiertos lugares de tristeza,
de afligida fortuna, siempre amiga.*

LEOPARDI.

Antes podía cantarse con bien sonora lira; ahora, contarse su atropello con amarga tristeza. En los senos de sus cerros y en el regazo de sus cañadas, las retamas tejieron sus bolas de verdura. Era una alfombra de maravilla, en primavera, sobre aquel suelo ondulado, destacando de su gualda florido sus recias copas las encinas de bronceada eternidad. En sus medios, dos charcas con las aguas limpias de la invernada, donde acudíamos a echar el trasmallo y a yantar los hornazos pascuales.

Atalayando el retamal en su dirección norte, dominaba el cerrete más pomposo, coronado con una casilla blanca –refugio de guardería– rodeada de espesas y altas retamas, tan altas como su techumbre de roja teja romana. Más al fondo, el tope de la Sierra de Magacela, encrestada con su iglesia, su castillo y sus peñones. Casas y ollerías gateando por la fragosa falda empinada. Y allá en el horizonte, la serranía de Guadalupe con su incierto gris azul lejano.

Sobre todo en primavera, el retamal era un encanto. Brotaban sus flores, de un amarillo naranjado, que exhalaban su denso olor, embriagándolo todo. Verde olor de verdura. Dilatado verde olor de amargura. El amargo de sus zahumas, de sus vástigas, de sus raíces –rectas, finas–, barreneras de la tierra. Y cuando el sol de fuego caía de la altura, onduladas por la brisa, era una sinfonía rumbosa de paganismo. ¡Las retamas!

Tenue y brincante rumor de esquilas y algún silbato o tonadilla pastoril. Rumoreo de abejas en torno a su azahar, y un poco más lejos, al filo del boscaje de retamas, las yuntas, con sus gañanes, dibujando en la arcilla sangrante las filigranas de sus alicatados. Las ringleras de los habares con la flor blanca y azul. Las tiernas líneas de las garbanceras. El chicharal, ya revuelta su espesa cabellera de verde limón, con sus floridos puntitos blancuzcos y amarotados. La extensa sábana del trigal madurando. Al lado, la barbechera, don la punta del arado va trazando las rayas de la vida.

Algún disparo del cazador furtivo, y en la lejanía, el barreno sordo de la cantera del calero. Cantatas de gañanía. El duro y corto paso del borrico senda adelante, sobre su lomo el pastor o el buhonero. El monólogo jacarandoso del perdigón encelado. Campo y calma. El dorado y cumplido sueño de unas vidas tranquilas, limitadas y acordes. El refugio de quien quiso separarse del ruido mundanal y afincarse y ahincarse entre este monte espeso de retamas, sobre las que columbran copas de encinas milenarias.

* * *

Aquí he vivido yo. Me he criado entre mis retamas, que antes fueron de mi padre, y antes de mi abuelo, y antes de mi bisabuelo. Salvo una temporada pasada baldiamente en la Universidad madrileña, mi vida estuvo adscrita a este retamal con sus viejas encinas. Era mi fiel consuelo y la flor de mi existencia. Mi trato con la vida mundana me dañó el cuerpo y el espíritu. Iba logrando sanarlos al contacto del abierto paisaje de la recia Extremadura; en este rincón del mundo que mis antepasados lograron infundirle su aliento con sus dignos deseos y sus obras de rectitud. Vidas de honradez enmarcadas patriarcalmente: el buen consejo atinado, la ayuda consoladora, la censura estricta cuando era necesaria, el respeto y la consideración mutuas. Que no llegara a abrir sus fauces el hambre en derredor.

Un amplio cortijo atendido. Limpieza en todo. El albor de la cal y el rojo del ladrillo. Colmenar, columbario, cercamientos ganaderos, huerto con rosales, claveles, lilos, acacias y almendros; conejar, lagunas y refugios, las fuentes de agua cárdena y dulcísima, pozos con sus brocales berroqueños. Orden en todo. Que nada fuera maltratado: hombres, animales, plantas. Un cuidado exquisito y una justa vigilancia. Y ese deseo ferviente, sostenido día tras día, de mejorarlo todo, de procurar su aumento y perfección.

Era mi orgullo. No había otro más frondoso retamal en los contornos. Ninguno mejor atendido, ninguno más renovado. Era la admiración del transeúnte por la senda que enlaza la tierra de barro dombenitense con los pueblos de la Serena: Campanario, Castuera, Zalamea, La Coronada, Benquerencia. Asilo de las liebres acosadas por el galgo d'annunziano en las limpias y anchas tierras que lo circundan. Morada de bandadas de alondras, que yo alguna vez deslumbraba con el espejuelo. Era la alegría de mis ojos y el bálsamo a mi melancolía. ¡Mi retamal soberbio! Con sus desflecadas cabelle- ras de zahumas, formando bolas de verdor perenne: en primavera, sobre la verdura intensa del ma- jadal florecido; en el estío, sobre el terroso pastizal, coronado por las recias encinas plantadas por la morisma.

Tras la espesa retama que esquiva el cuerpo en aguardo, he visto venir, sorteando el bosque de re- tameras, el celo de cinco y seis lebratos tras la hembra en su sazón floreada, con su brincar de lu- cha, sus mordiscos en las ties- as orejas, con sus zarpazos de sensualidad, con sus alari- dos rijosos. Otras veces, cuan- do ya la luz cárdena de la tar- de baja a mancharnos con su sombra de túnica de silencio –



re- poso agosto de todo lo creado–, en ese momento en que nuestra vida se funde en- tre cielo y tierra, contemplaba acudir las liebres sedientas de sed, parándose de vez en cuando, sentadas sobre sus patas traseras, empinando el hocico, atiesando sus orejas para suplir con el oído su falta de visión. Sobre el amparo de una vieja retama enclavada

sobre “macho” de la charca las veía aparecer, entre dos luces, por los cañazos que vertían en la laguna, sorteando los troncos de retamas, acuciando desde la caliente sobra de ellos, ciegas al agua, con sus tranquilargos avances, hasta ponerse bajo la puntería del cañón de mi escopeta...

Y por entre el entallecido espeso de sus troncos, metido en el aguardo –siberianas horas tranquilas al amanecer–, cuando se iba perfilando el jaspeo de sus colores a la incierta luz de la alborada, y después bruñidas por el sol que nos lanzaba el desplome de la sierra de Puebla de Alcocer, acudían las perdices reclamadas por la jácara encelada del pájaro del mampostero. Delicia egregia de ver nacer la vida con el día, en toda su desnuda solemnidad profunda, rodeado de inmenso clamor de silencio, ufano y fecundo, como la palabra del profeta, como la danza del corazón de Dios.

Sobre el verde caído del retamal, el arrullo caliginoso de la tórtola, la flauta de la oropéndola, el trino claro de la calandria, el aleteo del pardal, el planear inmóvil del milano. Entre sus troncos, el nido desamparado del capacho y la perdiz. Entre sus raíces, la hurrera del lagarto. Y entre sus zahumas, oculta, la bolita, maravillosamente entretejida de pasto, donde el pajarín infantiliza el acto de la fecundación.

Sí; yo he visto mis retamas, años tras años, con todas sus luces, con todos sus colores, con todos sus padeceres y alegrías. Cuando en las madrugadas de agosto, sentado en un “paso de liebres”, ya de recogida, buscaban su descanso. Las estrellas parpadeaban sus últimos guiños. Eran bultos de sombra ante el ojo avizor de la caza al cruzar. Por Oriente se desleían los primeros barruntos de claridad. Se iban destacando lentamente las retamas de su suelo, desperezadas por el relente mañanero, vistiéndose sus verdes ambiguos de las cogollas. Las jóvenes, como tiestos de juncos; las viejas, descarnados sus talles, de un pardo sucio, con los lunares ocrosos que la carroña trae a la ancianidad de sus troncos.

Las he observado desde la altura de mi ligera y dócil borriquilla blanca, al caminar entre ellas a ins-

peccionar las faenas agrícolas. Medianera la mañana, con el sol inflado de lumbre del verano, con el sol asilado de la invernada, con el sol de la melancolía otoñal, con la primavera del sol. Pomposas en mayo, con su embriagante funda de bayeta amarilla, meciéndose con gachonería por el rizo de la b risa. Batidas y castigadas con el azote frío y ensañable del aire marceño. Latigadas por el granizo y la lluvia implacables. Perladas al concluir la suave y calenteja llovizna, irisándose al acudir el rayo del sol. Esfumadas en el humo denso y frío de la niebla decembrina, en ahogo su corpulencia, como nor-teños fantasmas cargados de zozobra. En la noche encalmada, sus manchones por donde puede llegar lo sorprendente del misterio; en la noche borrascosa, con su rugidos como la mar de los nau-fragios; en la noche de escarcha, iluminada por la luna, resaltantes sobre el suelo de maravilla y espejándose sus sombras plateadas en un lago de ensueño, jamás olvidada su fantasmagoría. Y tam-bién las he visto cargadas de nieve, vestidas de pureza, resistiendo su corona de nítida blancura, surgiendo de la leche de la tierra, vencidos sus tallos, como recibiendo un dulce peso de caricias.

*Y tú, lenta retama,
que de olorosos bosques
adorna estos campos desolados,
también tú pronto a la cruel potencia
sucumbirás del soterráneo fuego,
que al lugar conocido retornando
sobre tus tiernas matas
su avaro borde extenderá. Rendida
al mortal peso, inclinarás entonces
tu inocente cabeza.*

No es la brasa del volcán quien ha destruido mis retamas, como esas del canto leopardino. Ha sido la lava del volcán de la codicia humana. El brazo destructor al servicio de la intención malvada. Llegaron de las villas inmediatas. Entre ellas, Magacela. En ese desborde incontenido de feroces cuadrillas insaciables, en pocos días me arrasaron el retamal magnífico: orgullo comarcano, delicia de la vista, consuelo de mi vida. Juntas de hombres se llegaron a él, acometiéndolo con las manos, con las hachas, con los picos, con los zachos. Quedó rasa y desnuda la tierra que lo mantenía. No parecía la misma. Quedaron como testigos de la afrenta las viejas encinas, las charcas bruñidas de azul rizado, los aguardos de perdiz, la roja piedra guijeña. Quedó como campo de abandono y desolación lo que antes fuera alegría y abalorio de feria campesina.

Emigraron las liebres de ancas estiradas, las perdices ligeras. Pío de lamento se me hace lloro en el pecho cuando el pardal y los trigueros cantan. Desnudita ha quedado mi tierra. Desierto de tristezas, erial de desolaciones. ¿Culpas? Allá en tierras de Corte y Leyes, unos hombres atizaron el fuego del odio y el manantío de la destrucción. ¡Cosas de la vida! ¡Cosas de mi España!

Malditas sean esas manos que os arrancaron y destrozaron. Pero os pudisteis ir orgullosas, ¡retamas mías! Jamás profané vuestra sombra buscando el descanso sucio de una embriaguez; jamás a vuestro cobijo acudí para la satisfacción de la deshonesto lujuria; jamás me escucharon vuestras ramas palabras en intención de añagaza y daño. En mi trato, el respeto y la dulzura, porque mis pupilas os miraban sin la codicia del interés y os veían con el dardo de la belleza.

FUENTE

- La Voz, fecha 04/05/1932, página 4.



Autor: Victoriano Gallego Blázquez.

Título: Plaza de España.

Técnica: Pastel.

Medidas: 50 x 65 cm.

Año: 2013